



“Reseña sobre *The History of America* de William Robertson”

p. 177-204

Juan A. Ortega y Medina

Obras de Juan A. Ortega y Medina, 7. Temas y problemas de historia

María Cristina González Ortiz y Alicia Mayer (edición)

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas

Facultad de Estudios Superiores Acatlán

2019

712 p.

ISBN 978-607-02-4263-2 (obra completa)

ISBN 978-607-30-1390-1 (volumen 7)

Formato: PDF

Publicado en línea: 1 de junio de 2020

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/704/temas_problemas.html

D. R. © 2020, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



Reseña sobre *The History of America* de William Robertson

177

Preámbulo

Sabido es que toda obra histórica supone siempre una interpretación del pasado desde, o según las tendencias de un presente; empero si ello es así, con mayor motivo todo comentario crítico sobre una obra histórica, en nuestro caso sobre la *Historia de América*, no sólo comprende esta relación sino que la combina y amplía con las propias vivencias y circunstancias situacionales del comentarista. Todo comentario implica un mensaje expreso latente; un deseo de transmitir algo a alguien.

Aunque todo lo anterior resulta obvio, lo mismo para el lector especializado que para el profano, a fuer de machacones hemos de insistir en que toda valoración no es, en última instancia, sino resultado de las tendencias manifiestas o latentes de una época y asimismo un decantado fluido de nuestra propia corriente histórica tradicional; porque toda obra histórica así como todo comentario histórico-crítico surgen siempre del curso de la historia, es decir de la vida.

Espacio y tiempo

La obra del historiador y teólogo escocés William Robertson (*The History of America*) se sitúa cronológicamente entre la publicación de *La historia del reinado de Carlos V* (1759) y las *Disquisiciones históricas relativas al conocimiento que los antiguos tenían de la India* (1791). La *Historia americana* (iberoamericana sería más propio decir si nos atenemos al contenido exclusivo de la primera edición) apareció en 1777, impresa en Londres; es decir en la ciudad capital de mayor y más poderoso imperio económico que jamás vieron los siglos. Tras la guerra de los siete años contra Francia y España, no sólo se hace dueña Inglaterra del mar, sino también del Canadá, de la India y de algunas de las Antillas. Las tres obras indicadas aparecieron precisamente en momentos cruciales para la nación inglesa: la relativa al reinado de Carlos V, nueve años después de la ascensión al trono de Jorge III, pobre e infatuado rey, que si no llegó a contar con las clásica y shakesperianas brujas de la ambición, sí, cuando menos, fue alentado en su enfermizo afán de mando por su instigadora madre: *George, be a King...*, y Jorge en efecto, creó *king's friends* una nueva forma del partido tory. La vida del último gran emperador de occidente muy bien pudo servir de estímulo, o reflexión, a un aprendiz de emperador: Jorge III. La obra relativa a la India viene a ser casi contemporánea de la expansión inglesa en dicho subcontinente; en cuanto a la *Historia de América*, comienza a forjarse por los años en que el Estado inglés sostenía una antiliberal e impopular guerra contra sus colonias americanas continentales, un año después, precisamente, de que Jefferson redactara la Declaración de Independencia, y en una etapa indecisa final en la que se esperaba, no obstante, “que de cualquier forma que esa desgraciada guerra terminara, un nuevo orden de cosas que habría de erigirse en Norteamérica”.¹ Vale también la pena recordar que la *Historia americana* nació asimismo a la luz un año después de que Adam Smith publicara su *Riqueza de las naciones*.

La extraordinaria obra historiográfica de Robertson pertenece, así por la época de su aparición como por sus raíces y direcciones filosóficas, a la gran ilustración inglesa; es decir, a ese cercado peculiar de la aluciedad europea, a la que se parece en sus categorías generalizantes; más de la que singulariza

1 Nosotros hemos utilizado la edición príncipe: William Robertson, *The History of America*, 2 v., Londres, W. Strahan, 1777-1778.

gracias a sus típicos recursos sensualistas, empíricos y crítico-utilitarios. Mediante sistemáticos sondeos en la vida psíquica del hombre y recurriendo a los materiales históricos (fuentes) del pasado y a la utilización nacional de éste, la historiografía ilustrada inglesa reconstruye e interpreta sentimental, enérgica y espiritualmente la historia en lo que ésta se creía que poseía, de acuerdo con el espíritu del siglo, de rasgos generales, regulares y hasta eternos; supuesto que la ilustración sólo pudo operar, por restricción sustancialista, con un ideal de hombre semejante a sí mismo a través del tiempo, del espacio y de las circunstancias históricas condicionantes. Pese a esta limitación, o, por mejor decir, a causa de esta limitación, la historiografía ilustrada inglesa no pudo menos que postular un nuevo ideal perfeccionado y progresista de humanidad, que tenía como camino la actividad racional y como meta el lento proceso progresista de la razón histórica. La historia así entendida viene a ser un despliegue de perfeccionamiento o clarificación, a pesar de los repliegues y retrocesos, en el que se hace perceptible la pausada pero ineluctable marcha del progreso y pues de la libertad humana. Se trata asimismo de una tendencia histórica universalista, que en la obra de Robertson encuéntrase mucho mejor explicada y realizada que en las de Hume y Gibbon, pese a las propias limitaciones cognoscitivas y valorativas del autor de la *Historia de América*.

La obra historiográfica fundamental de Robertson (así ocurre también con su propia vida: 1721-1793) es contemporánea de las de Hume (1711-1776) y Gibbon (1737-1794). *La Historia de Inglaterra* (Estuardos y Tudores) de Hume es terminada poco antes (1754-1759) de la aparición de la *Historia de Escocia* (1759) de Robertson, y la *Historia de América*, de este mismo, aparece un año después de haber sido publicado el primer tomo del *Decline and Fall at the Roman Empire* (1776).² Por lo que respecta a la *Historia del reinado de Carlos V*, ésta apareció en 1769.

Según Eduard Fueter, pertenece Robertson a la escuela historiográfica volteriana de Inglaterra, inaugurada con Hume y coronada por Gibbon.³ El crítico alemán lo considera un discípulo bien dotado de dicha escuela, empero, poco original. Sin embargo, aunque sus obras históricas parecen no poseer otro mérito salvo el de transportar a un tema nuevo el método de la historiografía

² El último, el decimosegundo, apareció en 1788.

³ Cfr. Eduard Fueter, *Historia de la historiografía moderna*, 2 v., trad. de Ana María Ripullone, Buenos Aires, Nova, 1953, v. II, p. 36-43.

de la ilustración”,⁴ es indudable que no se le puede negar el eje histórico evolutivo universalista que, aunque como expusimos líneas arriba es típico de la historiografía ilustrada en general y especialmente de la inglesa, no deja de ser, en la utilización que de él hace Robertson, un acierto metodológico importante que caracteriza a toda su obra. Como lo ha puesto de relieve Friedrich Meinecke, “el proceso evolutivo de su sentido histórico-universal en las tres obras [fundamentales ya citadas] muestra una sucesión orgánica”.⁵ Es decir, Robertson expone primeramente la historia de su patria, Escocia, en función de Europa; después presentó la del reinado de Carlos V en relación asimismo con la historia general de la Europa de aquel tiempo; finalmente escribió también la *Historia de América*, relativa al siglo XVI, al igual que las dos anteriores, lo que pone de manifiesto el rasgo orgánico de las obras, dado que las tres quedan referidas al siglo XVI europeo cristiano.⁶ Según puede verse, “las incitaciones de Voltaire en el capítulo 118 de su ensayo *Idea general del siglo XVI* –comenta Meinecke– dieron aquí su fruto”.⁷ A Robertson, que se declara asimismo discípulo de Voltaire en la última nota de la introducción a la *Historia de Carlos V*, si acaso podemos imputarle algo, es que en su proceso emulativo no pudiese cumplir con la regla excepcional del buen discípulo: superar al maestro. Sin embargo, hay que subrayar cierto indudable progreso sobre Voltaire al explicar el que gozaba la sociedad europea de aquel tiempo gracias a la balanza o equilibrio de poder de los Estados, a partir precisamente de este fundamental siglo XVI. Donde Voltaire se topa con *arbitrariedades, caprichos y modas* misteriosos e inexplicables, en cuanto irracionales, Robertson halla razones y explicaciones orgánicas bien conectadas; donde Voltaire solamente ve un dualismo de luces y sombras, de razones y sinrazones históricas, Robertson ofrece una trabazón o lazo que sirve de puente explicatorio a los extremos antes irreductibles, polarizantes, que no es menguada ventaja; por último, en lugar de imaginar conspiraciones de monjes y sacerdotes, reducciones interesadas de jesuitas y evangelizaciones falaces, Robertson, pastor y teólogo presbiteriano, es lo suficientemente ecuánime para elogiar la acción misionera española a favor de los indios, como lo subrayó con justicia Chateaubriand.

4 *Ibidem*, v. II, p. 41.

5 Cfr. Friedrich Meinecke, *El historicismo y su génesis*, trad. de José Mingarro y San Martín y Tomás Muñoz Molina, México, Fondo de Cultura Económica, 1943, p. 206.

6 *Idem*.

7 *Idem*.

The History of America

La función que realiza en el arco la dovela clave puede muy bien equipararse a la que presenta, dentro del campo histórico, la llave del título que, casi siempre, viene a servir de remate o coronamiento significativo de toda obra histórica. Ocurre a veces que nos encontramos con título bien o mal elegidos, y en no pocas ocasiones nos hallamos con otros que nada dicen porque el contenido de la obra que ellos amparan está desprovisto de interés o de significación. No faltan tampoco ejemplos, si bien son los menos, en que una obra importante soporta un título inapropiado que ahuyenta a los presuntos lectores; empero sea como fuere el caso, lo que salta a la vista es que la primera reflexión del lector surge al avistar por primera vez el encabezamiento. El de la obra que determina nuestras meditaciones lleva uno tan áridamente general, que nos desasosiega por el momento, acostumbrados como estamos en la historiografía americana dieciochesca de lengua española en los larguísimos, barrocos y, hasta en la mayor parte de los casos, orientadores predicados titulares.

Un título como el utilizado en este caso por Robertson sugiere casi siempre en el lector un concepto de extensión general materializado en una imponente serie de gruesos volúmenes, tal y como en el siglo XIX fue habitual hacer. Sin embargo, como la centuria decimoctava no pecó, salvo algunas excepciones, con el mismo extremo y desmesura con que lo hizo su sucesora, el cientificismo erudito y exhaustivo de ésta brilla por su ausencia y aligera el peso y el volumen (con beneficio del lector) de las obras consagradas. La primera agradable sorpresa que se recibe al acercarse a la *historia de América* de Robertson es su breve extensión; pero la sorpresa –ya nada grata– aumenta todavía más cuando el contenido de la edición príncipe (1777) se reduce estrictamente a la historia de la América hispánica durante el siglo XVI y a la década última del siglo anterior. Existe pues un palpable desequilibrio entre un título tan general y abarcante, y un contenido temático tan particular y restringido, tan excluyente en el tiempo y en el espacio. El propio Robertson explicita en el prefacio de su *Historia de América* que su proyecto original era más vasto; pero que la circunstancia de la guerra civil angloamericana le llevaba a prescindir de “las investigaciones y especulaciones relativas a las leyes antiguas y a las anteriores formas de política, puesto que éstas ya no existen

y por lo mismo ya no pueden interesar”⁸ a los colonos. Esta historia general de América apareció, por tanto, incompleta, si nos atenemos al proyecto original, porque Robertson no quiso en un principio publicar nada sobre las trece colonias británicas en América *hasta que todo estuviese concluido*.⁹ Al parecer la guerra arruinó su plan y lo forzó a excluir no sólo lo relativo a las colonias inglesas sino también a las francesas del Canadá y Luisiana; luego de hecho el divorcio que percibimos entre el título y el contenido queda explicado en función de las circunstancias históricas del momento.¹⁰ La visión compuesta del Nuevo Mundo que él anunciaba en la imagen general que suscita el título de su obra quedó trunca, y por ello mismo en 1796 se agregaron póstumamente la historia de Virginia (hasta 1668) y la de la Nueva Inglaterra (hasta 1652).

División de la obra

La historia de América comprende ocho libros: el libro I se refiere esencialmente a un solo tema de principio a fin; todo su interés radica en afirmar la tesis ilustrada del constante y progresivo perfeccionamiento del arte de la navegación, con el concomitante desarrollo del comercio, en el Viejo Mundo. El largo proceso va a culminar en el siglo XV, en Italia y Portugal. El hombre que ha llevado a cabo todo esto, lo ha hecho impelido por el espíritu de aventura, curiosidad y esperanza, y asimismo *por ciertas perspectivas de ganancia*,¹¹ porque no hay que perder de vista que Robertson fundamentaba todas estas virtudes en una ética protestante activa, productiva, enemiga acérrima de la ociosidad ya fuera ésta caballeresca o eclesiástica.

Resulta asimismo curioso que Robertson distinga entre los descubrimientos de los antiguos, hechos principalmente por tierra, y los de los modernos realizados por mar. Él aconseja la adopción de un sistema mixto para Inglaterra. El imperialismo inglés y el motor de ese imperialismo quedan re-

8 Preface, en Robertson, *The History of America*, p. V.

9 *Idem*.

10 Robertson escribe: “The present state of the British Colonies has induced me to alter that resolution. While they are engaged in civil war with Great Britain, inquiries and speculations concerning their ancient forms of policy and laws, which exist no longer, cannot be interesting”. Robertson, *The History of America*, preface, p. V.

11 *Ibidem*, v. I, p. 52.

tratados claramente por el autor: *La revolución en el comercio ocasionada por la fuerza de su genio es apenas inferior a la revolución producida en el imperio por causa del éxito de sus armas.*¹² El libro II se refiere a un tema general, el descubrimiento de América por Cristóbal Colón, que se enlaza con el anterior en cuanto a culminación de la empresa *industriosa* italo-lusitana. En este segundo libro conviene destacar dos tesis importantes: a) la exaltación que en él se hace de la personalidad del almirante sobre sus compañeros de aventura; b) un argumento justificativo del descubrimiento, de indudable procedencia tradicional, clásico-cristiana: *En relación con nuestras ideas sobre la sabiduría y beneficencia del Autor de la Naturaleza, se pensó que el vasto espacio, aún inexplorado, no estaba completamente cubierto por un océano inútil e inapropiable; sino ocupado por campos adecuados para servir de morada al hombre.*¹³ Se trata de un ideal de creación cósmica, y, en cuanto tal, de perfección y belleza, que se opone *a priori* a todo desequilibrio y por lo mismo a toda imperfección. El libro III abarca los siguientes temas fundamentales: a) los descubrimientos y conquistas españolas del siglo XVI; es decir, del siglo de Carlos V estudiado ya por Robertson en otra obra previa. El autor, como buen inglés presbiteriano de su siglo, se hace eco de todos los cargos y agravios posibles acumulados contra los españoles y pues sopla y alimenta la hoguera inextinguible de la famosa leyenda negra; b) la apología de Las Casas en cuanto fundamental argumento antihispano; c) los descubrimientos de Yucatán y Campeche como pasos previos para el descubrimiento de las costas propiamente mexicanas. El libro IV es el más interesante dentro del primer volumen; en realidad los tres anteriores a éste son de obligada introducción. La tesis principal que en él campea consiste en descubrir y demostrar, ante los ojos de los dieciochescos y pues ilustrados de Europa, el estado social y político de los de los pueblos indígenas americanos menos civilizados. El propósito general queda expresado de la siguiente manera: *Visión de América cuando fue descubierta y examen de las costumbres y policía de sus más incivilizados habitantes.*¹⁴ Una vez hecho el enunciado, procede el autor, con rigor y orden, en su programa temático: a) características geográficas (colosales, frías, inhóspitas, inmaduras) del continente americano (tesis neptúnica); b) el origen del hom-

¹² *Ibidem*, v. I, p. 14.

¹³ *Ibidem*, v. II, p. 64.

¹⁴ *Ibidem*, v. I, Contents, libro IV.

bre americano (tesis dependiente del génesis como no podía ser menos tratándose de un autor que era pastor protestante); c) el grado de inferioridad del Nuevo Mundo con respecto al Viejo (tesis tradicional sobre la “Calumnia de América” como la ha llamado Edmundo O’Gorman, recogida de los cronistas españoles, de Buffon, De Pauw, viajeros, etcétera); d) el tema antropológico: el indio y su realidad física y espiritual. El libro V se refiere a la conquista de la Nueva España y el VI a la de Nueva Castilla (El Perú). Ambas conquistas, ni decir tiene, son enjuiciadas desde un punto de vista crítico negativo.¹⁵ A Robertson no le interesa desplegar ni reseñar minuciosamente las conquistas españolas, porque para él la historia sólo es instructiva y agradable cuando relata las pugnas que sostienen dos estados poderosos que poseen conocimientos científicos, valor y disciplina, como ocurre con su relato del reinado de Carlos V (luchas entre Francia y España); en cambio la historia del choque entre españoles e indios (libros V y VI), dadas las diferencias abismales que separaban a los dos antagonistas y dada la desigualdad de los medios respectivos, no poseía títulos suficientes para ocupar un lugar importante en una *historia* general como la suya.¹⁶ Las aventuras y hazañas guerreras de la conquista no podían considerarse verdaderas “operaciones de guerra” entre dos estados contendientes, y por lo mismo no eran artículos merecedores de ser recogidos en los anales del género humano.¹⁷ Además, aquellos contactos guerreros no dejaron por de pronto nada permanente establecido (fundaciones), que es lo que constituye el verdadero y digno objeto de la historia. El solemne interés que mostró Robertson por no rebajar la *dignity of the History* y su lejanía espiritual y temporal de la corriente historiográfica romántica que ya estaba en puerta privó en poco de más de medio siglo a la *History of America* de la admiración causada a raíz de su aparición. Sería un historiador distinto, Prescott, el que atento a los nuevos elementos románticos recogería en su *Historia de la conquista de México* los elementos desdeñados por Robertson, con los cuales opacaría los méritos indudables del historiador escocés. En el libro VII analiza Robertson el grado de civilización alcanzado por mexicanos y peruanos, y decide que los cronistas españoles habían exagerado en extremo los alcances de las culturas prehispánicas con las que los

15 *Ibidem*, v. I, libro IV, p. 179.

16 *Ibidem*, v. I, libro IV, p. 193.

17 *Ibidem*, v. I, libro IV, p. 179.

castellanos del siglo XVI tuvieron que enfrentarse. Termina el libro VII con una descripción interesante y pormenorizada del resto de los dominios españoles en América. El libro VII, el más político de todos, se refiere al sistema colonial español; examina el desarrollo interno del mismo y critica las reformas y medidas administrativas llevadas a cabo por los habsburgos y borbones.

El método histórico

Para Robertson, el ponerse a escribir la historia es una operación intelectual que tiene forzosamente que apoyarse en hechos y teorías reales; el objetivo que persigue con ellos es enumerar los primeros y admitir o rechazar las segundas.¹⁸ De acuerdo con la corriente historiográfica ilustrada vigente en la Inglaterra de su tiempo, el historiador escocés pretende obtener, mediante el análisis crítico de las fuentes, o de la tradición, juicios históricos incommovibles, válidos y ciertos no sobre el ser sino sobre el quehacer del hombre genérico. La historia es la narración de los hechos evidentes cuya realidad o verdad no ofrece ninguna duda; o dicho de otro modo, es lo probado o aceptado por su gran evidencia, lo establecido como verdadero.¹⁹ De acuerdo con esto, el historiador no se propone la investigación o búsqueda de los nuevos hechos, sino la confirmación de las verdades ya establecidas y la elevación de las mismas categorías generales.

El historiador debe considerar científicamente la calidad y cantidad de las fuentes disponibles; es decir, debe sopesar los valores evidenciales que posean las mismas mediante análisis cuidadosos.²⁰ Realizado esto, procederá el historiador a formar la “selección de lo general”, que equivale al establecimiento de un tipo de relación en donde lo más importante e instructivo es conocer las condiciones y el carácter de las naciones.²¹ Estas condiciones y este carácter constituyen cualidades generales, es decir, permanentes y comunes a diversos miembros. Solamente en el caso de una cualidad particular en un solo pueblo, el historiador se apartará del estudio del conjunto general para inquirir en las causas de tal peculiaridad.²² Robertson nos ilustra

18 *Ibidem*, v. I, libro IV, p. 266.

19 *Ibidem*, v. I, libro IV, p. 267, 281.

20 *Ibidem*, v. I, libro IV, p. 423-424, 455.

21 *Ibidem*, v. I, libro IV, p. 283.

22 *Idem*.

convenientemente su propia manera generalizante de operar, cuando asienta que en una historia general de América como la suya “sería muy impropio describir las condiciones de cada pequeña comunidad o de investigar cada minuciosa circunstancia que contribuya a formar el carácter de sus miembros”.²³ Perseguir pues las minucias circunstanciales rebaja la dignidad de la historia y aparta al historiador del objeto real de sus investigaciones.²⁴ Por último, el historiador debe acercarse a la historia con ánimo sereno e imparcial; evitando los extremos de la extravagante admiración o del desprecio arrogante.²⁵

Finalidad y objetivos de la obra

Si hemos de considerar las propias palabras de Robertson, la obra escrita por él responde a un “compromiso”²⁶ que tenía con su público lector; lo que entraña, sin duda, un interés manifiesto de dicho público por los problemas históricos de América. Cual pudiera ser tal compromiso o empeño, es ya cuestión más peliaguda de dilucidar. Con anterioridad se dijo que no pudo obedecer a la simple curiosidad la publicación de una obra semejante; por consiguiente el *engagement* de Robertson respecto a su público ha de tener que poseer un contenido sustancioso. Hay que considerar como explicación plausible que la publicación de la historia americana obedeció a un deseo de conocimiento científico. Inglaterra, dueña económica del mundo de entonces, necesitaba de los sabios y hombres de letras que le clasificaran e inventariaran éste con el mayor afán y acuciosidad posibles. El ansia de conocimiento, de clasificación y manipulación abarca desde el plano físico o material al ético o político; del mineral a la planta; del animal al hombre, a las sociedades humanas ya embrionarias u organizadas. El escenario de la actividad inglesa aspiraba a ser el mundo entero y, por tanto, la América ibera no podía quedar al margen de tal proyecto: había que conocer su historia, su geografía, sus recursos aprovechables; había que debelarla intelectualmente, pese a los recelos, monopolios y misterios lusohispanos, como un primer paso hacia la

23 *Idem*.

24 *Ibidem*, v. I, libro IV, p. 373.

25 *Ibidem*, v. I, libro IV, p. 288.

26 Escribe Robertson: “In fulfilling the engagement which I had come under to the public with respect to the History of América”.

debelación económico-política. Además, en ninguna otra nación europea se manifestó como en la Inglaterra de la segunda mitad del siglo XVIII, tanto interés y tanta pasión por las empresas imperiales, por los viajes, por los descubrimientos, por las exploraciones, por los relatos más o menos exóticos, por las oportunidades mercantiles y financieras. Incluso la pérdida de las colonias americanas significó para ella un beneficio comercial fabuloso, al que el *status* colonial había estorbado hasta entonces. En tales condiciones nada tiene de raro el que un hombre como Robertson dedicara todo su talento a la clarificación del tema americano. La presencia real de las sociedades indígenas primitivas supuso para Robertson un campo fecundo para todo tipo de especulaciones filosóficas y antropológicas; era como experimentar en vivo sobre organismos sociales; pulsar, comprobar cautelosamente la existencia de una o varias etapas de vida humana, apenas vislumbradas por los *antiguos*; completar en suma, la visión del género humano: *Con objeto de completar la historia de la mente humana, y llegar a un perfecto conocimiento de su naturaleza y operaciones.*²⁷ Asimismo el estudio de las sociedades primitivas americanas, tan extremadamente rudas que a todas podíase aplicar la denominación de *salvajes*,²⁸ podía servir para deducir cómo fueron las europeas, de las cuales nada concreto se conocía salvo las fantásticas descripciones de los poetas.²⁹ Esta observación de las naciones americanas “en la infancia de la vida social”,³⁰ en su “simplicidad primaveral”, equivalía, mediante el método analógico, al conocimiento de etapas sociales ya desaparecidas del continente europeo y de las que sólo se conservaban relatos (César, Tácito, etcétera) no siempre muy fidedignos. Por consiguiente, el estudio que hace Robertson de la *realidad presente* americana le sirve para reconocer el *pasado real* europeo, dado que en condiciones semejantes de vida los hombres viven de un modo socialmente parecido.

Este estudio de las sociedades primitivas americanas en su *primeval simplicity*³¹ entrañaba también por Robertson una oportunidad única; porque a fin de cuentas pocos filósofos e historiadores antiguos y modernos habían tenido la oportunidad de convivir con pueblos tan primitivos como los que le

27 *Ibidem*, v. I, libro IV, p. 281.

28 *Ibidem*, v. I, libro IV, p. 283.

29 *Ibidem*, v. I, libro IV, p. 282.

30 *Idem*.

31 *Ibidem*, v. I, libro IV, p. 372.

era dable a él observar ya directa e indirectamente. Galos, escitas y germanos podían compararse con los pueblos americanos primitivos, supuesto que estos últimos no habían tampoco *alcanzado un grado extremo de civilización*.³² Según Robertson, el superior grado de civilización consiste, como ya adelantamos, más que en dotes morales, en la capacidad industriosa, productiva, en la habilidad para producir riqueza mediante el trabajo; en este sentido y dado que aquellos primitivos europeos poseían tales virtudes, aunque fuese de un modo incipiente, tenemos que admitir que resultaban ligeramente superiores a los indígenas americanos, que en su mayor parte, según él, eran antipáticos, melancólicos e incapaces de un redoblado y sostenido esfuerzo.

La situación “presente” del indio americano supone pues para Robertson el “pasado” de la humanidad. Él imagina a dos sujetos situados en diferentes partes del globo terráqueo; pero pertenecientes a un estado similar de sociedad y poseyendo ambos, por lo tanto, análogos deseos de mejora y sintiendo casi idénticas necesidades. El ensayista y experimentador social que fue Robertson, al menos librescamente, y excúsesenos la paradoja, piensa que esta identidad de los impulsos físicos y materiales en los dos sujetos puestos en observación, aparejaría las mismas necesidades,³³ los mismos esfuerzos para satisfacerlas y, por consiguiente, la identidad en los estímulos racionales; es decir, las mismas pasiones, idénticas ideas y análogos pensamientos y sentimientos. Obsérvese que el posible experimento descansa sobre dos supuestos: inoperancia del reto determinista geográfico e imagen de un hombre general idéntico a sí mismo; porque sólo es posible admitir con Robertson, que *en circunstancias semejantes las facultades de la mente humana siguen aproximadamente el mismo curso progresivo*:³⁴ optimista visión ilustrada y positivista de la que nos ha curado el historicismo.

La naturaleza, piensa Robertson, opera igualitariamente entre los hombres, y las capacidades de éstos suelen ser en todas partes las mismas; mas, si esto es así, ¿cómo es que el salvaje americano presenta unas facultades intelectuales tan reducidas? El historiador escocés conoce la tesis neptuniana de Buffon, relativa a la emergencia reciente del continente americano de las

32 *Idem*.

33 Es decir ambos sentirían idénticas necesidades y “exert the same endeavours to supply them” (libro IV, p. 267).

34 *Ibidem*, v. I, libro IV, p. 384.

aguas, y la de Pauw, referente a la hostilidad del clima novocontinental, como recursos explicatorios de la inferioridad mental del salvaje americano; pero aunque esta tesis de la inmadurez continental la juzga inteligente, no le parece eficaz para mostrar el abismo establecido entre la civilización europea y el salvajismo americano; porque en su fuero interno él sabe muy bien, como buen teólogo calvinista que es, que la diferencia es radicalmente ontológica y que las razones o raíces de la misma no dependen, en última instancia, sino del misterioso y terrible doble decreto predestinatorio, que divide a los hombres en electos y condenados.

El teólogo que es Robertson no excluye naturalmente al hombre ilustrado, racionalista, que también es él, porque si bien se mira, el camino hacia la ilustración se inició, antes que por cualquier otro lado, por la pendiente del protestantismo calvinista o puritano. Por esta razón es posible hallar más de una alusión, aunque ello no sea muy frecuente, a la idea de progreso en la *Historia de América*. Su autor se empeña de vez en cuando en recordarnos: *como progresa el individuo desde la ignorancia y la imbecilidad del estado pueril* [justamente en el que se encuentran los indios americanos, de acuerdo con su tesis] *al vigor y a la madurez del entendimiento*.³⁵ El hombre, ente genérico, parece poseer en todas partes la misma capacidad de perfeccionarse y mejorar, puesto que la naturaleza los ha hecho a todos iguales en un principio; empero el salvaje americano posee unas facultades intelectuales en extremo reducidas y limitadas en sus operaciones.³⁶ Lo malo de los indios era, por consiguiente, que, a pesar de sus indiferencias (puesto que existen salvajes tropicales, zonitemplados, asociaciones tribales y monarquías organizadas como las de México y el Perú), en términos generales podían ser considerados como niños; es decir, se encontraban como detenidos o fosilizados en el estado de infantilismo social, caracterizado líneas arriba por la ignorancia y la irresponsabilidad. En este estado no sólo eran incapaces, según ya expusimos siguiendo a Robertson, de toda actividad o virtud laboral, sino que también daban muestras de cobardía, pusilanimidad y desvirilidad. En las zonas tropicales, que Robertson considera de naturaleza lujuriantemente pródiga, la facilidad para hallar el sustento conspira también contra el indio haciéndolo indolente y mentalmente atrasado: en precomunidades cuya

³⁵ *Ibidem*, v. I, libro IV, p. 308.

³⁶ *Ibidem*, v. I, libro IV, p. 401-402.

alimentación no exige gran esfuerzo, *los poderes de la mente rara vez son excitados para cualquier esfuerzo*.³⁷ El modo material de la vida de estos pueblos primitivos americanos determina su modo de ser; las creencias y la religión, indicatoras del carácter de un pueblo, dependen en gran parte, según expresa Robertson, del modo de vida: “Asombrado el salvaje con lo que sucede, cuyas causas él es incapaz de comprender, imagina naturalmente que hay en ello algo de misterioso y maravilloso”.³⁸ El que la huella de Hume sea en esta frase fácilmente perceptible, nada quita al mérito del historiador, quien por la vía histórica demostrativa comprueba *experimentalmente* la tesis del filósofo.

Robertson, que pertenece, según hemos indicado, a la historiografía ilustrada de la lengua inglesa, quiere reafirmar la validez del conocimiento histórico frente al escepticismo filosófico de su tiempo. Él, lo mismo que Hume, percibe directamente los datos que le proporcionan las fuentes documentales y construye con ellos sus impresiones, los indicios de validez y certeza según indicamos antes. Pero al manejar los documentos españoles relativos a América, es decir, las crónicas, historias, relatos, etcétera, cree que éstos están mechados de falsedades y supersticiones, hijas de la ignorancia de aquella época (siglos XVI y XVII), y su tarea va a ser despojar a aquellas fuentes de todas sus purezas, “guiado por la prudente y reflexiva mano de unos cuantos filósofos de su siglo”.³⁹ Es curioso que observar que sólo dos autores del siglo XVI merecen toda su confianza y aprobación: el padre Las Casas (sin duda por sus alegatos antihispánicos) y el padre José Acosta, al que como un exacto filósofo, o científico, que es como lo entendemos ahora.

Es preciso, asimismo, insistir sobre otra importante influencia que recibió de su época. Situado Robertson en la etapa transitoria que va desde el capitalismo mercantil a la revolución industrial, necesariamente el proceso económico dinámico, así como el tumulto de ideas motrices obraron en su ánimo y en su actividad histórica. Recuérdese que la *Historia de América* apareció un año después de la edición de la obra de Adam Smith sobre la naturaleza y las causas de la riqueza de las naciones, y recuérdese sobre todo que en este famoso libro se sostiene la tesis de que la riqueza de un país depende no del

37 *Ibidem*, v. I, libro IV, p. 312.

38 *Ibidem*, v. I, libro IV, p. 389.

39 *Ibidem*, v. I, libro IV, p. 288.

viciado y tradicional sistema crisohedenista, sino del volumen de mercancías producido por la industria, y que además se rige todo el sistema por medio del amplio mecanismo de la libre competencia y de la libertad del comercio. A este influjo se debe el que Robertson, entre los *remedios propuestos* del libro VIII, abogue por la política económica librecambista. Los escritos contra el cerrado sistema monopolista del imperio español borbónico pertenecen al arsenal de la escuela económica liberal, que por entonces iniciaba su expansión en Inglaterra. En toda la *Historia*, en general, y especialmente en el libro suscitado alienta una severa crítica contra la obra española en América. No nos referimos mayormente ahora a las censuras, que abundan por todas partes, erigidas frente a los procedimientos españoles de conquista y colonización, sino a las que se refieren al sistema económico-político, que subrayan, según el crítico inglés, la incompetencia que en la economía y el gobierno tenía establecido el imperio. En sus críticas, Robertson va a operar *in vivo*, de modo parecido a como Gibbon operó y autopsió al imperio romano. Él va a poner al descubierto las entrañas palpitantes de un sistema lento, opresivo e ineficaz que paralizaba las fuerzas económicas, políticas, morales y espirituales. La uniformidad borbónica de entonces, como la habsburguiana de antes, se habían impuesto en todos los campos de la actividad humana debilitando el nuevo espíritu del siglo, caracterizado por la libre empresa de los hombres. Las reformas borbónicas sólo habían encauzado eficazmente los recursos del imperio en beneficio de la Corona; pero no habían modificado en nada la estructura política y monopolista del Estado, celosamente empeñado en rechazar y anular todo esfuerzo procedente de la iniciativa privada. El imperio estaba gravemente enfermo y la vivisección histórica efectuada por Robertson descubría el oculto cáncer que lo condenaba irremisiblemente a la muerte. Esto explica, sin duda, que la traducción de la obra inglesa al español, que Campomanes encomendara al académico don Ramón de Guevara, no pudiera realizarse. La Inquisición puso a la *Historia* en el índice y el Consejo Real prohibió, ya en inglés o francés, en todo el ámbito de los *errores* antiespañoles y antiamericanos de Robertson; pero sin desdeñar esta explicación, creemos que la obra fue prohibida por algo más hondo y vital que la indignada reacción patriótica del gobierno hispano.

Reiteraciones temáticas

En su libro IV hace alusión Robertson a su método histórico, que consiste en investigar siguiendo un *orden natural*.⁴⁰ Es a saber, procediendo de lo más sencillo a lo más complicado y siguiendo la propia secuela temporal de los hechos. Su psicologismo histórico lo lleva a presentar al lector *una laboriosa delineación del carácter y costumbres de las tribus incivilizadas (y civilizadas) dispersas por el vasto continente de América*.⁴¹ Ahora bien, esta representación del carácter y costumbres de los indios implica necesariamente, según ya observamos, una descripción previa del escenario físico donde se desarrolla el drama de ese ser actual, el indígena, que detenido en el tiempo de su propia evolución social se nos hace presente como un fósil histórico digno de ser estudiado y descrito. Empero se trata de un ente, puntualicemos, por el cual no siente Robertson ninguna simpatía.⁴²

El escenario geográfico

La primera circunstancia que nos llama la atención, escribe Robertson, cuando contemplamos el Nuevo Mundo es su inmensa extensión, y el no menos extraño hecho de que, a pesar de ello, pudo escapar a la observación y al conocimiento de las edades pasadas.⁴³ Ya indicamos páginas atrás que este historiador piensa a América en función de la perfectibilidad creadora divina. El Nuevo Mundo comprobaba la voluntad y la perfección de Dios y esto le basta a Robertson para no hacer tema expreso de su obra la dramática necesidad de la inclusión de un mundo nuevo dentro del esquema tripartito tradicional cristiano, como fue el caso entre los teólogos y cronistas españoles: el pragmático empirismo de Robertson se desentiende de la justificación (o prejuicios) teológicos y escriturarios tradicionales.

40 *Idem*.

41 *Ibidem*, v. I, libro IV, p. 414.

42 Como escribe acertadamente A. Gerbi, “le falta al doctor Robertson la simpatía por el objeto de sus investigaciones”. *Vid.* Antonello Gerbi, *La disputa por el Nuevo Mundo: historia de una polémica, 1750-1900*, traducción de A. Alatorre, México/Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1960, p. 151.

43 *Ibidem*, v. I, libro IV, p. 248.

Siguiendo un orden riguroso, pasa Robertson a examinar las características geográficas de América:

I. Su gran extensión de norte a sur; de aquí que sea capaz de contener, entre ambos polos, todos los climas, y de aquí, por tanto, que sea América *capaz de llegar a ser la morada del hombre* y asimismo sea apta para engendrar todos los productos *propios de las regiones templadas o tórridas de la tierra*.⁴⁴ Esta inmensa extensión no tiene punto de comparación con el Viejo Mundo, pues que incluso sobrepasa la inmensidad que es el Asia.

II. Haciendo perfecto juego con dicha enorme extensión, la naturaleza se presenta en una forma mucho más monumental y potenciada y magnificente que en el Viejo Mundo:

a) Las montañas *son muy superiores en altura a aquellas que se alzan en otras partes del globo*. Así por ejemplo, las cimas de los Andes se elevan a bastante más altura que la del Pico de Teide (Tenerife), considerada por entonces la más alta del Viejo Mundo. b) Los ríos no admiten parangón: *con los cuales no tienen punto de comparación los ríos del antiguo continente, ya por la longitud de su curso, ya por el vasto volumen de agua que éstos vierten en el océano*. c) Lagos asimismo inmensos, en proporción con los brazos de mar que son sus corrientes acuáticas; son algo así como mares internos. Esta enorme red fluvial-lacustre facilitaba la comunicación y el comercio, y al expresarlo así el autor indudablemente tenía presente no la realidad geográfica total del continente americano, sino únicamente su parte septentrional.⁴⁵

Ya señalamos que el interés fundamental de Robertson se dirige esencialmente a captar la atención del mundo europeo e ilustrado de su tiempo, el anglosajón ante todo, para orientarlo en los asuntos y problemas del desarrollo comercial e incipiente industrial. Sin tener en cuenta esto pudiera parecer que el historiador escocés rompe aquí la unidad del tema geográfico para incluir de un modo inapropiado ideas y resoluciones de tipo económico. Mas no se debe perder de vista que lo geográfico está analizado con vista al desarrollo y la actividad económicas. Aunque seguidor en cierto modo de Montesquieu, no puede aceptar Robertson el imperioso determinismo geográfico

44 *Idem*.

45 *Idem*.

postulado por el francés, porque para él el aspecto de un territorio depende del hombre que lo habita,⁴⁶ de lo cual se deduce que el hombre anglosajón, el agente más industrioso de sí mismo entre todos los europeos y americanos de aquel tiempo, acabaría transformando el paisaje, la geografía bruta, merced a sus tesoneras virtudes espirituales proyectadas en términos de realización material: comercio, industria, buenos negocios, prosperidad, desarrollo y transformaciones.

III. Teniendo en cuenta la declaración antedicha, veamos ahora cuáles son, según el autor, las condiciones geográficas americanas que resultan favorables al comercio:

a) América no presenta como África una vasta masa continental impenetrable al comercio. El nuevo continente ofrece, por el contrario, aspectos y accidentes geográficos no menos favorable que *otras partes del globo*.⁴⁷

b) Confirmado lo anterior se refiere Robertson al desarrollo de las costas americanas, a la navegabilidad de los ríos y a los mares que las bañan, que se encuentran sembrados de fértiles islas, favorecedoras del comercio. Prosiguiendo su ilustrado estudio de geografía comparada, que si se considera con justicia tiene sus inicios con las primeras descripciones españolas referentes a las Indias, verbigracia en Acosta, sin ir más lejos, compara Robertson el golfo de México con el *Mare Nostrum* y lo llama el mediterráneo americano. Las islas españolas incluso en éste sólo inferiores a las del archipiélago indico; el sistema de la Bahía de Hudson análogo al del Báltico. No deja de destacar el valor comercial que representa la región de los Grandes Lagos y el gran sistema fluvial norteamericano. El futuro de Norteamérica, parece querer insinuarnos Robertson, se encuentra en el desarrollo de ese vastísimo sistema, y en efecto no se equivocó el autor en su manifiesta profecía.

IV. América posee además de una cualidad que la distingue mucho de los otros continentes; consiste en la humedad y el frío: *moisture and cold predominates*;⁴⁸ pero este frío facilita sin embargo la vida en regiones que por su latitud estarían condenadas a un calor nocivo y antivital. Observa el autor que, por lo que

46 *Ibidem*, v. I, libro IV, p. 256.

47 *Ibidem*, v. I, libro IV, p. 250.

48 *Ibidem*, v. I, libro IV, p. 252.

toca a la latitud geográfica, no existe una correspondencia climatológica entre dos puntos situados a la misma altura del ecuador, empero pertenecientes a continentes distintos. Las regiones europeas en donde crecen la vid, el olivo y la higuera, no hallan su correspondencia en la América nórdica, pues aquí se encuentran cubiertas durante seis meses por una capa espesa de nieve.⁴⁹ De suerte que el frío y la humedad, pese a todo ejercen en América una función climática reguladora para todo el continente. Por otro lado, y tomándolo de Montesquieu, sostiene Robertson que el frío, así como las zonas templadas, parecen favorecer la libertad y la independencia; pero de seguro el historiador escocés estaba pensando en lo que ocurría en la América septentrional y no en la central y en la meridional.⁵⁰

V. En páginas atrás ya observamos que Robertson rechaza los valores absolutos del determinismo geográfico y se inclina a pensar que un territorio cualquiera adquiere el carácter que le comunica la actividad del hombre que lo hace suyo. En América comprueba el historiador su tesis interdependendista más bien por omisión, cuando observa que las tribus salvajes de indios americanos no habían sido capaces de corregir los defectos de la geografía americana, ni habían mostrado deseos de mejorar las condiciones de la parte de la tierra que Dios les asignó por habitación.⁵¹ La naturaleza americana, libre y señera, no había sido modificada y por ello mismo ejercía su primero y poderoso influjo sobre el hombre rudo e indolente, y lo doblegaba hasta puntos inconcebibles. Incluso los propios españoles tuvieron que *sentir rigurosamente las cualidades fatales y perniciosas de aquellas incultivadas regiones*.⁵²

VI. La fauna americana muestra asimismo la acción hostil del clima en la carencia de cuadrúpedos nobles (*noble animals*); dicha fauna se presenta *menos ágil y vigorosa que en el antiguo continente*.⁵³ No se encuentran, prosigue Robertson, animales tan robustos como el elefante o el rinoceronte, ni tan fieros como el león o carnívoros como el tigre. En cambio el clima y la tierra americana favorecen la multiplicación de los animales innobles, como

49 *Idem* y s.

50 *Ibidem*, v. I, libro IV, p. 314.

51 *Ibidem*, v. I, libro IV, p. 257.

52 *Ibidem*, v. I, libro IV, p. 259

53 *Idem*.

los reptiles o los insectos perjudiciales. Ciertamente, afirma Robertson, que en América existen el puma y el jaguar; pero son animales tímidos y perezosos (*inactive and timid*).⁵⁴

a) En las tierras americanas sólo existen cuatro especies de cuadrúpedos, y el mayor del tamaño de un conejo.

b) Incluso los animales europeos trasladados a América pierden sus cualidades, degeneran y se muestran cada vez más débiles, empequeñecidos y disminuidos en la calidad, como ocurre con ciervos, lobos, osos, vacas, caballos, etcétera.

c) Por lo que toca a las aves no hay mayor diferencia, y ello se debe a que los pájaros, por su naturaleza de volátiles, tienen menos contacto con el suelo que los cuadrúpedos y se hurtan mejor a la influencia perniciosa de éste. América posee grandes aves, como el cóndor andino, y otros se engalanan de riquísimo plumaje; pero la naturaleza americana les ha negado la delicada belleza de los trinos melodiosos y del dulce canto. Los bosques y selvas americanos prácticamente permanecen mudos.⁵⁵

Aunque podemos reconocer en Robertson la influencia de muchos autores dieciochescos y de muchos relatos viajeros condenatorios y calumniosos, queda todavía en él una base crítica propia, tradicional. Sus opiniones representan un último y ya trasnochado eco de la teoría jerárquica medievalista que distribuía los valores diversos de acuerdo con los criterios teológicos. Lo que llama la atención es que Robertson, en pleno siglo XVIII, se haga eco de unas categorías que no pertenecían a su tiempo; empero no hay que olvidar que por debajo del historiador ilustrado alentaba el teólogo calvinista frío y discriminatorio.

VII. El suelo americano, según lo que llevamos ya visto, resulta particular y variado de acuerdo con las diversas regiones; sus cualidades y defectos se deben, volvamos a repetirlo a la influencia que sobre él ejercen la humedad y el frío.⁵⁶ En lo que concierne a la fertilidad del suelo, los buenos o malos productos que se obtienen no dependen tanto de la cualidad de la propia tierra, sino de la habilidad y calidad del trabajo humano que se ejerce sobre ella.

54 *Idem*.

55 *Ibidem*, v. I, libro IV, p. 262.

56 *Ibidem*, v. I, libro IV, p. 263.

El origen del hombre americano

Se debe señalar en primer lugar la desconfianza de Robertson hacia todas las hipótesis que hasta su tiempo se habían dado como explicación de la presencia del hombre americano. Particularmente su descontento se muestra ante las teorías de los cronistas españoles de las Indias (siglo XVI), en este caso, su admirado Las Casas. Tales explicaciones le parecen tan absurdas y quiméricas que él mismo estima que “ofendería a sus lectores si intentase ya enumerarlas o refutarlas”.⁵⁷ Sin embargo, esto no será óbice para que él mismo presente su propia teoría explicativa, aunque la disimule diciéndonos que es un mero objeto de curiosidad y que por lo mismo resulta poco digno de historiarse el tema de los orígenes americanos.⁵⁸ Según Robertson no había sido ningún pueblo antiguo o moderno de Europa el que pobló América; pero esto tampoco quiere decir que él se decida por la hipótesis autóctona, porque sería romper con la vieja creencia judeocristiana respecto a la creación del hombre: *La raza humana –afirma Robertson– brota de la misma fuente.*⁵⁹ Fundado en Acosta acepta la proximidad entre Asia y América y, por consiguiente, admite la posible comunicación entre el Viejo y el Nuevo Mundo. La proximidad de las costas de ambos continentes en la región noreste permitió el paso de algún pueblo asiático, de no muy baja cultura, al continente americano. La presencia de las *monarquías* mexicana e inca obliga a aceptar el poblamiento por parte de un pueblo semicivilizado; porque si bien los elementos culturales pueden perderse, las artes de vida no, una vez que han sido poseídas por un pueblo: *Aunque las artes refinadas y delicadas pueden declinar o perecer bajo los violentos encuentros de las revoluciones y desastres a los que están expuestas las naciones, las artes necesarias a la vida, una vez que han sido introducidas entre los pueblos, nunca se pierden.*⁶⁰ He aquí la razón para rechazar el poblamiento de América por un pueblo del Viejo Mundo altamente civilizado,⁶¹ y he aquí asimismo el porqué las noticias de los conquistadores y cronistas sobre las refinadas culturas de México y del Perú serán consideradas por Robertson

57 *Ibidem*, v. I, libro IV, p. 266.

58 *Ibidem*, v. I, libro IV, p. 281.

59 *Ibidem*, v. I, libro IV, p. 265.

60 *Ibidem*, v. I, libro IV, p. 270.

61 *Cfr.* Robertson, *The History of America...*, v. I, nota XLI, p. 458.

como patrañas intencionadas con objeto de hacer resaltar, de acuerdo con sus apologistas, las acciones bélico-heroicas de los conquistadores.

El perfil físico y moral del indio

La necesidad colabora en la creación de toda civilización,⁶² según Robertson; lo que quiere decir que cualquiera de ellas será tanto más rica cuando mayor sea el número de necesidades que tenga que satisfacer. Existe, por consiguiente, una estrecha relación entre el hombre y su civilización, así el salvaje *fue hecho para el trabajo y la acción, y la potencia de su naturaleza, así como la necesidad de su condición lo impelen a cumplir su destino;*⁶³ pero lo malo del caso es que el salvaje americano se mostraba muy por debajo de su deber, lo cual inmediatamente se refleja en su constitución y carácter. El indio americano es como es a causa de su nativa, selvática y nefasta libertad como individuo; a causa de su imperfecta sujeción al gobierno y al orden.⁶⁴ El incumplimiento por parte del indio de un mínimo de lo social, lo separa de la dramática y peligrosamente de la acción bienhechora de la civilización; lo convierte en un ente con mínimas necesidades (vitales y sociales); es decir, lo aproxima de tal manera al salvajismo que casi puede confundirse éste con la pura animalidad.⁶⁵ Robertson critica a “ciertos filósofos” que hacen depender el carácter de los individuos exclusivamente de la geografía y del clima (Buffon-De Pauw); asimismo ridiculiza con fina ironía a la escuela pesimista roussoniana y al jefe de la misma por su falsa tendencia naturalista: *Otros filósofos han supuesto que el hombre alcanza su suprema dignidad y excelencia mucho antes de que logre un estado de refinamiento; y en la ruda simplicidad de la vida salvaje, despliega una elevación de sentimientos, una independencia de mente y un cálido afecto que resulta vano buscar entre los miembros de las sociedades ilustradas.*⁶⁶ Con su ataque a Rousseau no sólo condena Robertson las ideas de éste, sino demuestra la falsedad de la vieja tesis estoica, eldorádica, que suponía las máximas virtudes humanas en la primera etapa o edad áurea, la cual, a lo largo de un lento proceso de egoísta desleimiento (edad de plata, de bronce o hierro),

62 *Ibidem*, v. I, libro IV, p. 315.

63 *Ibidem*, v. I, libro IV, p. 316.

64 *Ibidem*, v. I, libro IV, p. 288.

65 *Ibidem*, v. I, libro IV, p. 393, 408.

66 *Ibidem*, v. I, libro IV, p. 267.

había llevado a la humanidad presente a su mínima capacidad moral y a su máximo desarrollo técnico: la vieja paradoja de la disolución ética a manos de la pecaminosa y artificiosa civilización. Dentro de este mismo criterio crítico antirroussonian y antirromántico, incluye naturalmente Robertson a los primeros misioneros españoles del siglo XVI, quienes con ingenuidad, no por cierto muy desinteresada, imaginaron una edad dorada, paradisiaca, primitiva e inocente, en la cual vivían sumergidos felizmente los indios antes de la irrupción bárbara, férrea y cruenta de los conquistadores. En este punto de la inocencia indiana, Robertson se atreve incluso a ironizar a costa de su loado Las Casas.

Hemos indicado páginas arriba que Robertson distingue entre los indios salvajes y los civilizados; pero incluso entre los primeros establece diferencias: araucanos y pieles rojas son más fuertes no sólo por causa de un mayor rigor del clima, que los obliga a ser más laboriosos, sino sobre todo porque estos indios, a diferencia de los que viven en las riberas del Amazonas, el Marañón y el Orinoco, bajo tórridos climas tropicales degenerantes, poseen más necesidades, como lo prueban su mejor organización política y moral: *Las causas morales y políticas, como he observado, afectan el carácter y la disposición de los individuos, así como a las naciones, incluso más que la influencia del clima.*⁶⁷ Robertson distingue también a mexicanos y peruanos de los otros indios, por ser más emprendedores, atrevidos y enérgicos (*enterprising*);⁶⁸ pero comparada su civilización con las naciones del mundo antiguo (Egipto, Persia, Asiria) salta a la vista que no puede ella resistir tal confrontamiento, porque de hecho permanecía en la *infancia de la vida civil*. Comparadas la escultura mexicana y la peruana, que le es superior, según Robertson, con la egipcia, se ve que aquéllos no han avanzado más allá de la infancia del arte.⁶⁹

Robertson, apoyándose básicamente en testimonios de sus contemporáneos, subraya la constitución física, proporcionada y regular de los indios, quienes en términos generales son más notables por su agilidad que por su fuerza. Esta *debilidad constitutiva*, explica, según el autor, que los indios decaigan frente a tareas que cualquier otro pueblo ejecuta fácilmente. Esta opinión no era por supuesto nueva ni original; pero sí lo son en cierto modo

67 *Ibidem*, v. I, libro IV, p. 417.

68 *Ibidem*, v. V, p. 18.

69 *Ibidem*, v. V, p. 68-69, 322, 385-386.

explicaciones científicas y seudocientíficas que utiliza Robertson para probar su tesis: la falta de sal en la alimentación de los indios; su menguado apetito; la menor vehemencia o frialdad en el deseo amoroso normal, comparado con el de otros pueblos más ordenados en sus apetitos sensuales, que dan por resultado una mayor cohesión social y una mejor perpetuación de la vida; la carencia de la eficaz acción del trabajo, que desarrolla las artes y permite la satisfacción de las necesidades, y que hace a las sociedades más complejas y a los individuos más robustos;⁷⁰ las enfermedades que lo aquejan, tanto más graves y mortíferas cuanto más perezosos y lujuriosos son. Este último punto no está en contradicción con la frialdad subrayada renglones arriba; porque la lujuria de los indios, que es causa también de su debilidad, no la confunde Robertson con la afección amorosa y el respeto hacia el sexo contrario, que fortalece la unión social, que establece patrones de protección social y que al establecer la temperancia como norma, protege y alarga la vida y evita la disolución de la sociedad. Dentro del renglón de las enfermedades no podía faltar en Robertson la alusión al debatido origen de la sífilis: para él se trata de un mal americano. Con tono de predicador él considera que dicha enfermedad venérea fue un justo castigo de la Providencia contra los pueblos conquistadores; una justa venganza de los indios sometidos contra los españoles dominadores. De un plumazo acaba el historiador con la tan disputada cuestión acerca de los bienes y males intercambiados entre el Viejo y el Nuevo Mundo: la sífilis, como contrapeso, había saldado con *creces todos los beneficios que Europa ha[bía] derivado del descubrimiento del Nuevo Mundo*;⁷¹ idea que no es propiamente de Robertson sino De Pauw (*cf.* Discurso preliminar).⁷² Por último, el exceso de fertilidad, como ocurre en las regiones tropicales, es causa asimismo de la debilidad ingénita de los aborígenes americanos. Obsérvese que la panacea para todos estos males radica en el valor regeneratriz que Robertson otorga puritanamente al trabajo; la falta intensiva y organizada de este remedio no sólo ha debilitado a los indios sino también a sus amos españoles, desdeñadores orgullosos de toda actividad y, por lo tanto, condenados asimismo irremisiblemente a la degeneración o incivilidad, dado que, de acuerdo con Robertson, y vale

70 *Ibidem*, v. I, libro IV, p. 290-294.

71 *Ibidem*, v. I, libro IV, p. 307.

72 *Ibidem*, v. I, libro IV, p. 307, 311.

la pena repetirlo ahora, los hombres *civilizados lo son por sus necesidades y apetitos (wants and appetites)*,⁷³ que sólo su industria (actividad, trabajo) puede satisfacer.⁷⁴

Por lo que se refiere a otras características más bien intelectuales, Robertson destaca las siguientes: atención dirigida más hacia lo sensible; negación de elementos abstractos; mirada fija e inexpresiva; atención muerta; acción indolente; actitud impasible; color cobrizo, cabellos negros y lacios; carencia de pilosidad en la piel, signo externo, fehaciente, de debilidad; in subordinación frente a todo sistema de autoridad; carácter religioso primitivo, supersticioso; inclinación a la guerra, no por espíritu de lucha sino por deseo de venganza. Presentan también los indios indudable intrepidez y valentía para conservar su libertad; se muestran refinadamente crueles hacia sus prisioneros; son estoicos ante los sufrimientos y la muerte; son notables por astucia; son lacónicos, silenciosos y taciturnos; apasionados por los juegos de azar, por la danza, la música y la bebida; en suma, evidenciaban unos alcances intelectuales poco desarrollados, como correspondía a su precario tipo de vida.⁷⁵

Además no sembraban ni cosechaban, y los que lo hacían lo ejecutaban de un modo primitivo y poco remunerador; los principales y más rudos trabajos los realizaban las mujeres, cuya categoría social alcanzaba la misma altura que la de los animales domésticos.⁷⁶ El tratamiento que recibían, semejante al que se daba en el Viejo Mundo a las bestias de carga, hacía que las mujeres indias fuesen poco prolíficas. Los indios desconocían la idea de propiedad y no constituían verdaderas comunidades.

Todas estas características eran generales para todos los indios; mas como dentro de este marco conceptual los mexicanos y peruanos no encajaban del todo, Robertson tuvo que recurrir al socorrido expediente de disminuir las capacidades intelectuales y pues civilizadoras de esos indios para que pudiesen acomodarse al esquema crítico-ilustrado propuesto por él. Esto esclarece, como ya dijimos, el hecho de que el historiador escocés tomase los entusiastas relatos y crónicas de los españoles sobre las altas culturas de México y del Perú

73 Cit. Gerbi, *La disputa por el Nuevo Mundo...*, p. 260 (nota 536).

74 Robertson, *The History of America...*, v. I, libro IV, p. 314.

75 *Ibidem*, v. I, libro IV, p. 311 y s.

76 *Ibidem*, v. I, libro IV, p. 316.

como interesados y autoelogiosos relatos. En definitiva, mexicanos e incas no eran ciertamente salvajes: pero tampoco eran tan refinados como los españoles quisieron darlo a entender con su autobombo.

Repercusiones de la Historia de América

Ya hemos señalado la repercusión que tuvo en España la obra de Robertson, y cómo bien pronto el gobierno español no sólo impidió la traducción al castellano, sino que prohibió asimismo su lectura mediante la censura inquisitorial. El rey, para contrarrestar las tesis antihispánicas, encargó al historiador Juan Bautista Muñoz que escribiese una *Historia del Nuevo Mundo*, cuyo primero y único tomo apareció en 1793. Dentro del ámbito cultural hispánico la reacción contra Robertson y contra De Pauw, Raynal, Buffon, etcétera, produjo réplicas admirables como la de nuestro Clavigero, que tuvo asimismo repercusiones polémicas en otros pensadores y, sobre todo, en los demás jesuitas españoles e hispanoamericanos que habían sido expulsados de España y las Indias respectivamente, en cumplimiento del despótico decreto de extrañamiento dado por la Corona y apoyado por la jerarquía eclesiástica española confabulada en tan sucio negocio. Sería inútil, en los límites de este ensayo dedicado a la *Historia* de Robertson, extendernos sobre la literatura histórica de dichos jesuitas expulsados, máxime cuando existe una excelente obra, ya indicada por nosotros, donde se estudia exhaustivamente dicho asunto: nos referimos a *La disputa del Nuevo Mundo* de Antonello Gerbi.

En Norteamérica la *Historia* tuvo una repercusión favorable no sólo porque justificaba en su fuero interno la cruel política *diplomática* aplicada inmisericordemente a las tribus pieles rojas, sino porque también las críticas antihispánicas disculpaban los viejos proyectos expansionistas del mundo anglosajón a costa del hispanoamericano. Sabemos que en los Estados Unidos la *Historia* del escocés se publicó incluso por entregas,⁷⁷ lo que es indicador de la acogida popular para una obra que condensaba en muchos aspectos las aspiraciones continentales de la recién nacida nación.

Solamente nos resta lamentar que la repercusión más favorable que pudiera haber ejercido la obra de Robertson en el mundo hispano no pudo ejercerse a tiempo. La traducción española recomendada por Campomanes

77 Cit. Gerbi, *La disputa por el Nuevo Mundo...*, p. 144 (nota 4).



no se llevó a cabo, lo que no deja de ser lamentable. La *Historia de América* de Robertson es indudablemente un libro envejecido, atrasado; pero sus valores clásicos e historiográficos permanecen y permanecerán siempre. La obra fue traducida al español tardíamente, en 1827, por don Bernardino de Amate, en Burdeos, refugio francés por entonces para los españoles liberales exiliados.⁷⁸ A diez años⁷⁹ vista del bicentenario de la edición del príncipe, creemos que bien valdría la pena reeditar dicha edición española o intentar traducir de nuevo el original. Mucho mejor sería lo segundo, dado que la traducción de Amate proviene de una edición francesa y no directamente del inglés. Además, el traductor aunque es fiel al sentido del texto, lo lima de asperezas y juicios incómodos para el público español, sobre todo en aquellos párrafos donde Robertson condena exageradamente la codicia y la crueldad castellanas.

78 Hay además otra edición, publicada en cuatro volúmenes, en París, Librería de Belin-Lépreux y Morizot, 1853. Seguramente es un sobrante de la edición anterior, pues las erratas coinciden.

79 Escribíamos esto en julio de 1967.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS